

3. Mira lo que te has perdido, imbécil
Señorita – Shawn Mendes

Maldito Alejandro De la Vera. Maldito el día que lo conocí. Y maldita aquella Meritxell Ferrer a la que todavía se le aceleraba el pulso. Alejandro jugaba sucio. Muy sucio. Un juego en el que dos personas se perdían la una en la otra. Y yo había perdido. Me acostumbré a él como a beber dos litros y medio de agua al día. Y ahora tenía sed.

Me dieron ganas de plantarme en su casa y preguntarle qué *coño* se le había pasado por la cabeza. Pero sabía que ni él mismo entendía por qué lo había hecho. Era capaz de contradecirse en milésimas de segundos. Una contradicción a la que, por desgracia, me tenía acostumbrada. Y, aún así, quería respuestas. Aunque sabía que nunca llegarían.

Una cosa era encontrarnos *casualmente* —*de casual tenía lo mismo que yo de pelirroja*— en una cena. Otra muy distinta era seguir creyéndose en el derecho de decirme que tenía o no que hacer. Tres años de silencio. Otros tantos antes. Sin opción a réplica. Sin dejarme decidir por mí misma. Ya lo había hecho él por los dos. Demasiadas veces. Cualquiera posibilidad de volver a decidir por mí se evaporó *ese* día. El día en el que me miró a la cara, tensó la mandíbula y confesó que no quedaba nada más entre nosotros.

Entré de nuevo al despacho de Carmen. Fingí ser la adulta funcional que se esperaba de mí. Lola intentó sonsacarme información, pero me negué. No iba a dedicarle ni un minuto más de mi tiempo al idiota que iba por la vida como si fuese la última *Coca-Cola* del desierto. *Una Coca-Cola que me hubiese bebido sin hielo...ni vergüenza.*

Esa misma tarde, envié el correo electrónico a la agencia publicitaria. El viernes aún no había recibido respuesta. Un viernes que se antojaba como un *déjà vu* con su nombre en mayúsculas. Una diana con su foto en la pared me hubiera hecho la espera de la noche más amena. No había vuelto a saber nada de él. Revisé un par de veces —*y unas cuantas más*— sus redes sociales. Con esa cara de *niño bueno* que nunca había roto un plato. Siempre tan perfecto. Tan formal. *Tan jodidamente atractivo.*

Hice *scroll* en su última publicación. No iba a mirar. Me juré a mí misma que no lo haría. *¿Cómo se paraba un tren a punto de descarrilar?* El balcón de la casa de Marcos —que tantas risas nos había regalado— aparecía en el fondo. Él estaba apoyado en la barandilla. Traje gris oscuro, sin corbata y la mirada perdida. Busqué la frase ‘*mirando a la nada, pensando en todo*’ en la descripción. Pero no la encontré. Solo una palabra: *Serendipia.*

Dícese de un golpe de suerte, un hallazgo o encuentro fortuito que no se busca. Él sabía que yo iba a ver esa fotografía. Sabía que sería tan *estúpida* de mirar la descripción de la foto. Pero él no contaba que también sabría leer el miedo en sus ojos. Ese miedo irracional de quien no mira directamente a la cámara, por temor a desnudar su alma.

Me di el lujo de revisar el resto de las fotografías. *De perdidos al río...* Hacía tiempo que no miraba al objetivo. Giraba la cara y se ocultaba detrás de esas gafas de piloto que le hacían parecer aún más *sexy*. *¡No, Mery! ¡Basta!*

—¿Ya sabes qué te vas a poner esta noche? —preguntó Lola cuando salíamos de la editorial. *Bendita Lola.*

—Un vestido negro... y ajustado. Uno que grite: “¡Mira lo que te has perdido, imbécil!”

Lola se echó a reír. Esa noche pensaba convertirme en la *femme fatale* que se esperaba de mí. Una villana de cuento *Disney* en el que nunca quise tener el papel protagonista. No había héroes a los que seducir, pero tampoco quería que ningún príncipe me salvase. Solo un dragón que me llevara lejos del reino. O que lo quemase todo con solo susurrar *dracarys*. Y es que nadie me había dicho que el príncipe se convertía en sapo después del beso. ¿No era al revés?

—Vas a seguir sin contarme qué te dijo el otro día, ¿verdad?

—Que me inventase algo para no ir a la cena —dije, y suspiré—. Que no tenía sentido remover algo que ya estaba muerto.

—Pues le demostraremos que ya no se te caen las bragas con su presencia, amiga.

Antonio había insistido en que Lola viniese a la cena. Me conocía lo suficiente para saber que necesitaría a alguien a mi lado cuando me desmayase. Lo que necesitaba era a alguien que me sujetase las manos para no *aplaudirle* la cara a De la Vera cuando le tuviese frente a mí.

Una tila, por favor. Antonio había sido capaz de dejar las rencillas a un lado y abrir un nuevo capítulo. Uno en el que había decidido incluirme. Yo, en cambio, había optado por cerrar el libro y esconderlo bajo tierra, con epitafio incluido. No era quién para juzgar cómo cada uno quería enfrentar sus propios traumas. Podía hacer como Antonio. O al menos fingir, por una noche, que tomo me resbalaba. **Spoiler:** ¡NO!

La vibración del teléfono de Lola rompió el silencio y me devolvió de golpe a la realidad. Puso cara de póker cuando vio el nombre en la pantalla. Demasiado rápida en coger la llamada. Justo cuando intenté averiguar quién era. Se quedó un poco más atrás. Asentía. Nerviosa. Seria. Murmuró algo que no llegué a escuchar. Si no la hubiese conocido mejor que a mí misma, juraría que la estaban diciendo que su tía abuela había muerto.

Lola Castaño: nominada a actriz revelación en la gala de los Goya. La realidad es que se vio envuelta en un plan maquiavélico —*en mi contra*— en el que nadie le había obligado a participar a punta de pistola. Se metió solita. Sin rechistar. Y, además, parecía encantada.

—¿Quién era? —pregunté cuando volvió a mi lado.

—Alguien —dijo, fingiendo indiferencia.

¿*Olía a sorpresa...indeseada?* Olía a cloaca. Una cloaca gobernada por un sapo grande, feo —*ya me hubiera gustado a mí*— y cobarde. Esa llamada olía a kilómetros a *eau de parfum* Alejandro De la Vera. Podía parecer tonta, pero que me creyeran tan estúpida me sacaba de mis casillas. Demasiado *listilla marisabidilla* decía mi madre.

—Cuéntame la sorpresa —dije sin vacilar.

Lola miró de reojo a ambos lados de la calle. Sin querer habíamos llegado al portal de casa. Parecía un cervatillo asustado, apuntado por el rifle de un cazador. Un mafioso que huía de la *pasma* con un maletín cargado de billetes morados. Y yo seguía esperando una explicación a ese silencio que comenzaba a crisparme los nervios.

—No puedo, lo he prometido.

—¡Soy tu amiga, Lola! ¿Vas a hacer caso a De la Vera antes que a mí? —dije, molesta—. No puede obligarme a verle. ¡No podéis!

—Alejandro siempre ha sido más cobarde —dijo una voz de mujer a mi espalda.

Hubiese reconocido esa voz en cualquier parte. Dulce. Delicada. Un arma de doble filo cuando se enfadaba. *Te lo digo yo que la había sufrido en mis propias carnes*. Me giré despacio. Unos ojos azules de mujer me sonrieron cuando se encontraron con los míos. Quise salir corriendo, pero mis piernas no estaban por la labor. Me quedé congelada. Esa mujer llevaba razón: Alejandro siempre había sido más cobarde. La verdadera sorpresa era tener a Natalia frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —dije con un hilo de voz.

—¿Subimos y nos ponemos al día? —dijo Lola a mi espalda, con ese tono pacificador que utilizaba cuando se avecinaba movida.

Las escaleras hasta el quinto piso se me hicieron eternas. Ninguna de las tres dijimos nada. El motivo de ellas lo desconocía. El mío era que el cardio no era para mí. Quizás solo era el *cóctel molotov* de rabia y alegría que había sentido al ver a Natalia.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Lola, dejando su bolso encima de la encimera de la cocina—. ¿Vino? ¿Cerveza?

—Un vino estaría bien. Gracias —contestó, como si fuésemos tres desconocidas que no tenían un pasado juntas.

—El mío doble... o triple, o directamente dame la botella —dije, recogéndome el pelo en un moño bajo.

La tristeza se apoderó de la mirada de Natalia. Pude ver que sus ojos brillaban con una mezcla de ilusión y nostalgia que no supe interpretar. *¿Me podía explicar alguien qué les había dado a todos con adelantar el apocalipsis?* Me crucé los brazos mientras me mordía la mejilla por dentro. Estaba a punto de *reventar* y no era la mejor opción.

—Hola —dijo Natalia, en un intento desesperado de tranquilizarme—. Estás igual... bueno, estáis igual.

—¡Vaya! ¡Qué lástima que yo no pueda decir lo mismo de ti! —escupí entre dientes—. Bueno, si me dices que me ves como a *una perra sin sentimientos*, podemos volver a donde lo dejamos hace ocho años.

Lola me recriminó con la mirada. Me daba igual. Estaba en todo mi derecho de estar cabreada con Natalia, con Alejandro y, si hacía falta, con el mundo entero. Natalia agachó

la cabeza, asintió y sorbió por la nariz. *Mierda*. No me lo esperaba. No podía no sentirme mal. ¿Se lo merecía? Seguramente. Pero dicen que todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no? **Spoiler**: todo el mundo, menos De la Vera.

—Sé que me equivoqué... y no tengo excusas —susurró.

—¿Por qué lo hiciste? —quiso saber Lola, pero con esa voz de madre que ponía cuando alguien estaba a punto de derrumbarse.

—Si os lo digo... me tenéis que prometer que no se lo diréis a... —dijo Natalia, mirándome fijamente.

—¿A quién? ¿Al Espíritu Santo? —chasquéé la lengua contra el paladar—. Porque si te refieres a quien sabemos, ese se aparece menos que la Virgen María.

Natalia suspiró y se apoyó en la encimera. Vaciló entre el miedo y la culpa. Quise poder alegrarme de verla así, pero no podía. Me acerqué a ella y le cogí la mano. Sabía que podía llegar a ser muy desagradable cuando me enfadada. Lola diría que parecía una perra —*¿qué les había dado a todos con llamarme así?*— sin la vacuna de la rabia en regla.

—Hace ocho años —comenzó Natalia—, cuando Alejandro y tú os besasteis...

—Intentemos obviar ese momento, por favor —supliqué, cerrando los ojos.

—Bien... —dijo, mirando nuestras manos aún entrelazadas—. Esa misma noche, a las tres o cuatro de la mañana, llegó a mi casa, borracho y llorando.

Solté una carcajada amarga. ¿Alejandro De la Vera llorando? Eso sí que era buen chiste. ¿Y yo me lo había perdido? ¡Qué rabia! Sabía que era mentira. Lo sabía. Pero una parte de mí —una muy *pequeñita*— deseaba con todas sus fuerzas creer lo que decía Natalia.

—Vaya, Mery, no sabía que besabas tan mal —se burló Lola.

—Vete a la mierda —contesté, y volví a mirar a Natalia—. Sigue, por favor.

—Me dijo que no podía traicionar a Antonio —sollozó—, pero que no era capaz de alejarse de ti. Me pidió que le ayudara, que iba a bloquearte y que yo... yo debía decirte lo que seguramente tú estarías imaginando que pensábamos todos nosotros. Sé que no debería haberlo hecho..., pero me lo suplicó, y no supe decirle que no.

Lola abrió los ojos de par en par. Ninguna de las dos dábamos crédito. Que Alejandro llorase tenía un pase. No le consideraba un monstruo sin sentimientos. Al menos, no del todo. ¿Se había emborrachado preso de la culpabilidad? También era creíble. Pero que suplicase ayuda para alejarse de mí era el colmo. *Menudo comediante*.

—No me lo creo —solté de pronto, limpiándole las lágrimas—. A ti sí, pero a él no.

—Yo tampoco me lo creí. Pensaba que solo era un juego para él, pero te culpamos a ti —dijo mirándome—. Lo siento mucho, Mery. No quise hacerte daño.

—Vale, pero entonces... ¿por qué hace tres años quedó conmigo para decirme que ya no quedaba nada entre nosotros?

Natalia boqueó un par de veces. Miré a Lola sin comprender qué estaba pasando. Lola se frotó los ojos con la mano derecha y negó con la cabeza. *¿Era posible que Alejandro no dijera nada de ese momento a nadie? ¿Ni siquiera a Natalia?*

—No... no sabía que había hecho eso —confesó Natalia, y continuó—. Pensaba que no habíais vuelto a saber nada del otro en todo este tiempo.

Surprise! Nunca había visto así a Natalia. Desubicada. Derrumbada. Con la sensación de haberse perdido capítulos de una historia que dejamos que escribieran demasiadas personas. Podía haber dicho *‘te lo dije’*, pero no pude. Durante años soñé con la discusión que tendría con Natalia si volvía a encontrarme con ella. Con todas las cosas que le echaría en cara y que, en su momento, me callé. Nunca me hubiese imaginado las ganas que tenía de abrazarla y decirle que le había perdonado. Un perdón que no necesitaba verbalizarse.

No era momento de buscar culpables, porque yo también lo era. La historia con Alejandro no solo me había hecho daño a mí. Habíamos dejado demasiados cadáveres a nuestro paso. Tanto tiempo centrada en lo cabreada que estaba con todos ellos, haciéndome la víctima, que no vi que yo también tenía parte de culpa.

Natalia se marchó poco después. Tenía que prepararse. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí alivio, miedo, culpa y vulnerabilidad. Nunca había dejado de quererla como a una de mis mejores amigas. Intenté engañarme diciéndome que lo que pasó fue lo mejor. Que alejarme de todos ellos era mi salvavidas en medio de un naufragio. Pero no vi que el barco que había chocado con el iceberg era el puñetero Titanic.

Agradecí a Lola el silencio que invadía el coche de camino al restaurante. A pocos minutos de reencontrarme con todos, la idea de huir no me parecía tan mal plan. Aún estaba a tiempo de inventarme una excusa. De decir que estaba vomitando como la niña del exorcista y que no podía ir. De pulsar *ctrl + suprimir* y hacer como si nunca me hubieran invitado a esa dichosa cena. Pero cuando quise poner tierra de por medio, ya estaba dentro del local. Frente a todos. Frente a él.

—De la Vera —dije dándole dos besos.

—Señorita —respondió.

Señorita.

Spoiler: estaba jodida.